



La creación artística y la formación académica en el cine

Fernando Vélez García
Docente
Universidad Nacional
Universidad Central

Los aspectos que más inquietan a los jóvenes recién egresados del bachillerato en Colombia y en el mundo entero, y que sienten, para usar un término algo pasado de moda, *vocación* por el audiovisual, en general, y la cinematografía, en particular, son de dos órdenes: la formación adecuada y el posterior desempeño en el mercado laboral.



El primer aspecto remite directamente al problema de escoger la escuela o facultad que les garantice una formación idónea y competente. Problema que en Colombia se hace mucho más angustioso que en otras latitudes, por lo reducido de la oferta en este campo, a pesar de que comienza a advertirse una cierta proliferación de lo que algunos suelen llamar, despectivamente, «universidades de garaje», con ofertas de formación en el área del audiovisual.

La segunda preocupación, como muchos lo llaman, «el futuro», es no solo compartida por los padres de familia, sino que, con mucha frecuencia, constituye el factor de inquietud más determinante y, en no pocos casos, en motivo de presiones para que elijan carreras más «serias», preferiblemente, dentro de las disciplinas llamadas liberales, al punto de que se dan casos de padres con

➤ Dossier ➤

recursos que se niegan a apoyar a los hijos cuando su elección ha sido el audiovisual o la cinematografía.

Una vez escuché a un productor argentino afirmar que el negocio más parecido al del cine es el del petróleo, en el sentido de que la única manera de saber si un pozo será rentable es perforándolo, y que para encontrar un pozo rentable se deben perforar nueve, que toca obturar porque no contienen el preciado oro negro; después, la rentabilidad del pozo productivo, no solo cubre los costos de los nueve «perdidos», sino que supera, con creces, toda la inversión. Así mismo, afirmaba mi interlocutor, funciona la economía cinematográfica: no hay fórmula para saber de antemano si una película será rentable; la única manera de saberlo es haciéndola y poniéndola en el mercado, y la proporción entre las películas rentables y las que no lo son es, igualmente, de diez a uno. Todos los analistas coinciden en que este fenómeno es, hasta cierto punto, misterioso: nadie hasta el momento ha podido dar una explicación satisfactoria al respecto; lo único que se puede hacer es constatar el carácter implacable de la estadística.

Los únicos lugares del mundo donde la actividad cinematográfica es rentable, sin subsidios estatales o paraestatales son los EE. UU. y la India, la verdadera superpotencia cinematográfica mundial, con la mayor industria cinematográfica del mundo, lejos de la norteamericana que es la segunda. En el resto del mundo las industrias cinematográficas «nacionales» pueden existir -y subsistir- gracias a legislaciones especiales que permiten que dicha actividad sea rentable, combinada con una política de coproducciones y de pactos entre estados y regiones, como es el caso de IBERMEDIA, el acuerdo cinematográfico de los países miembros de la Organización de Estados Iberoamericanos, OEI, del cual hace parte Colombia.

En el año 2003 fue promulgada en Colombia la Ley 814, más conocida como Estatuto Cinematográfico, con el mismo espíritu de las legislaciones mencionadas arriba de los países que pueden darse el lujo de contar con cinematografías nacionales. Para no entrar en detalles, su centro de gravedad consiste en la creación de un fondo parafiscal, el Fondo para el Desarrollo Cinematográfico, FDC, destinado a la subvención de la industria cinematográfica nacional.

A pesar de que es una ley todavía perfectible, sus resultados son evidentes en términos de cifras. En el año 2003 la producción de largometrajes colombianos no pasaba de tres o cuatro de productores de una sola película. En este año se produjeron 10 largometrajes, se calcula que el año entrante habrá unas 15 producciones, y los pronósticos más optimistas hablan de una industria estable de unos 20 largometrajes anuales, en un futuro cercano. Como cifra verdaderamente impensable hace no más de cuatro años, en este



momento hay aproximadamente 80 proyectos de desarrollo de largometraje y no menos de cinco empresas productoras cuya actividad está comprometida a 10 años, sin contar con pequeñas nuevas empresas a la búsqueda de proyectos.

Lo cierto es que, en cualquier latitud, aún en los países con industrias cinematográficas relativamente estables, el oficio de la cinematografía no ofrece las posibilidades de ascenso, promoción y estabilidad económica y social que se supone ofrecen las disciplinas liberales, al menos dentro de sus términos. Si las aspiraciones personales del aspirante a cineasta son el bienestar material, la construcción de una familia y la sociedad, es posible que más temprano que tarde termine desertando de una actividad que exige un alto grado de espíritu de aventura y, hasta cierto punto, alma de jugador, dedicación, sacrificio, iniciativa personal y perseverancia frente a una profesión tan volátil en términos de estabilidad personal.

El problema es que el medio cinematográfico de Colombia, a pesar de las estadísticas hasta cierto punto optimistas que estamos viendo, no sólo no es la excepción, sino que conlleva rezagos culturales que todavía estamos lejos de superar del todo. La mentalidad que prima entre nosotros, donde el empleo se considera como opción de vida prácticamente única, apenas comienza a ser revaluada dentro de la formación en la educación superior del país, que está comenzando a propender, sobre todo en el sector de la educación privada, por una formación con énfasis en la iniciativa personal empresarial.

Ahora bien, si es que nuestro recién egresado del bachillerato, como caso excepcional llegara a tener este panorama claro, y sobre todo su propio panorama interior que lo remite a su vocación cinematográfica, ante el interrogante sobre la mejor opción de formación, sólo hay dos posibilidades: la formación autodidacta y la formación académica que, a su vez, tiene dos sub-variantes: estudiar en el País o en el exterior.

La formación autodidacta, como es mi propio caso, tiene una sola ventaja pero es invaluable: lo aprendido por esta vía nunca se olvida, pues queda arraigado de manera profunda, no sólo en nuestro intelecto, sino en nuestros sentimientos. Desde este punto de vista, y por mi propia experiencia, puedo afirmar, categóricamente, que la mejor educación es la autodidacta. «*Lo que nos enseñan en la escuela son tonterías*» afirmaba Orson Welles, no sólo uno de los más grandes cineastas de todos los tiempos, sino el generador del cine, como hoy lo conocemos: el cine sonoro es antes y después de *El ciudadano Kane*. Cuando se le preguntó quiénes habían sido sus maestros en el cine, contesto: «*Yo tuve tres maestros: John Ford, John Ford y John Ford.*» Vió *La diligencia* 70 veces en el Museo de Arte Moderno de Nueva York y cuando dirigió *El ciudadano Kane* era un jovencito de 24 años, pero tuvo la fortuna de contar como su director de fotografía con Gregg Toland, uno de los más grandes fotógrafos

➤ Dossier ➤

cinematográficos de todos los tiempos y, aunque él no fue explícito al respecto, es indudable que fue su segundo maestro.

Sin embargo, esta opción tiene su otra cara de la moneda. Aunque en un principio la experiencia pueda resultar interesante y, excepcionalmente, hasta apasionante, debo ser franco en que también se trata de un camino minado (metáfora muy fácilmente comprensible en Colombia), y con un altísimo riesgo de desembocar en frustración: el aprendiz se encuentra peligrosamente solo en su avance, la mayoría de las veces desesperantemente lento. Por otra parte, encontrar jefes dispuestos a enseñar lo que saben es una verdadera suerte. Yo tuve la fortuna de trabajar en mis inicios con un jefe, que además era el empleador, que encontraba un verdadero placer en transmitir sus conocimientos y experiencias: el maestro Guillermo Angulo. Siempre estaré en deuda con él, porque le debo mis primeros fundamentos técnicos y las bases de la fotografía cinematográfica. La otra desventaja de este camino es la imposibilidad de la experimentación por las obvias razones de los requerimientos industriales.

Personalmente, estoy convencido de que la educación formal, en el cine o en cualquier otro campo de las artes, tiene indiscutibles ventajas sobre la formación autodidacta, salvo excepciones destacables como, en nuestro medio, el caso del fallecido Carlos Mayolo. Quizá la más destacable de las ventajas de la academia es su sistematización que permite un aprendizaje mucho más rápido. He descubierto que aprendizajes que me costaron años en un arduo proceso de ensayo y error, los puedo transmitir a mis estudiantes, de manera mucho más precisa, en una o pocas semanas de trabajo con ellos. Tal vez de esto mismo se derive su principal defecto: ya que es inevitable el tener que avanzar al mismo ritmo con todos, en aras del cumplimiento de los cronogramas, algunos se sentirán frenados y otros, desafortunadamente, tendrán que quedarse rezagados.

Al menos en teoría, otras de las ventajas indiscutibles de la formación académica que se pueden señalar son las relativas a la relación que los estudiantes puedan establecer con el medio: la visión totalizadora cultural e intelectual, el conocimiento histórico y el papel que podrán desempeñar; la apropiación del manejo de los equipos y los conceptos; el descubrimiento y desarrollo de verdaderas habilidades; el aprender a trabajar en equipo sin que esto menoscabe la expresión de su propia individualidad; la posibilidad de experimentar sin el temor a que el fracaso traiga consecuencias desastrosas, como podría ocurrir en la industria, y las relaciones que perduran en el terreno de lo laboral, en el que pueden compartir sus éxitos y, sobre todo, sus fracasos y frustraciones.

Por otra parte, el oficio de la creación cinematográfica y la del arte en general, es principalmente un asunto de disciplina, rigor y trabajo investigativo, y no de musas o inspiración divina. En otras palabras, es más una cuestión de



método y, por esa misma razón, la academia constituye el lugar más adecuado para poner a disposición programas que ayuden a desarrollar las habilidades relacionadas con la creación cinematográfica o de las artes en general. Además, el espacio de la academia es el más adecuado para la reflexión y el diálogo con creadores y cineastas de reconocida trayectoria, para que ellos compartan con los estudiantes sus experiencias y sus concepciones.

Si mi familia tiene los recursos para costearme estudios cinematográficos, sea en el País o en el exterior ¿Cómo hago para elegir, la escuela o facultad que me dé la formación cinematográfica más adecuada? Antes de entrar en la respuesta, me voy a permitir, a riesgo de ponerme un poco aburrido, hacer un breve recuento histórico de la formación cinematográfica en Colombia.

Como dato curioso, la historia de la formación cinematográfica en Colombia se inicia en el año 1953, con la fundación del Departamento de Cine y Fotografía del Batallón de Ingenieros del Ejército Nacional, que impartía una formación de carácter estrictamente técnico, y con fines exclusivamente militares, programa que culminó en 1963.

El segundo antecedente en materia de formación cinematográfica, concretamente en Fotografía Cinematográfica, se dio en Colombia dentro del marco del programa de educación no formal del Fondo de Promoción Cinematográfica, que aprovechó el periodo de residencia del director de fotografía argentino Carlos Adelqui Camusso, fundador de la Escuela de Cine de la Universidad de Santa Fe del Litoral, primera escuela de Cine a nivel universitario en América Latina, quien vivió en Colombia en calidad de exiliado de las dictaduras militares argentinas entre los años 1977 y 1985, del cual tuve el privilegio de ser su alumno.

En el año de 1980 UNITEC crea el primer programa de educación formal en Cine y Fotografía con perfil técnico y otorga el título de Técnico en Cine y Fotografía y, hoy reestructurado académicamente, otorga el título de *Realizador y Productor de Cine y Televisión*, perdiéndose así su énfasis técnico inicial.

En 1988 nace en la Universidad Nacional la Carrera de Cine y Televisión, hoy Escuela de Cine y Televisión con un concepto de formación integral que busca la formación equilibrada del estudiante en los campos creativo, técnico, teórico y humanístico y otorga el título *Realizador de Cine y Televisión*.

En el país existen, además, otros programas de formación en el campo del cine, el video y la televisión como los actualmente desarrollados por el Politécnico Santa Fe dentro de su Carrera de Medios Audiovisuales; la Corporación Unificada de Educación Superior (CUM) con sus Carreras de Cine y Televisión (separadas); la Universidad Javeriana, con su Facultad de Medios Audiovisuales con un énfasis en Cine y Producción de Televisión en sus últimos Semestres; el Politécnico Grancolombiano con la Facultad de Medios

► Dossier ►

Audiovisuales con un énfasis en Producción de Cine y Producción de Televisión (separados); la Corporación Nueva Colombia con su Facultad de Producción de Cine y Televisión; la Universidad Manuela Beltrán con su Facultad de Producción en Cine y Televisión.

En provincia vale la pena nombrar los casos de la Universidad del Magdalena con su programa de Cine y Televisión, cuyo diseño fue asesorado por nuestra Escuela de Cine y Televisión y, por lo tanto, muy cercano al nuestro y el de la Universidad de Antioquia con su Programa de Cine y Audiovisual.

En cuanto a las opciones en el exterior, en América Latina vale la pena mencionar, entre otras, el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC), adscrita a la UNAM de México; el Centro de Capacitación Cinematográfica (CCC), adscrito al Instituto Nacional del Cine Mexicano (INCINE) que ofrece a sus estudiantes una formación general; la Escuela de San Antonio de Los Baños en Cuba y la Universidad de Buenos Aires, que ofrece un programa de Cine.

En Europa debemos mencionar la Escuela Superior de Cine de los Audiovisuales (ESCAC), adscrita a la Universidad de Barcelona; la FEMISE, de Francia y Bélgica, que permite tomar diferentes énfasis desde el comienzo mismo de sus tres años de formación; la Louis Lumière de París, escuela de formación exclusivamente técnica; el Centro Experimental de Roma; La National Film School de Londres y la Escuela Konrad Wolf de Berlín, con el mismo sistema de poder escoger desde el comienzo la una especialidad como opción.

A la hora de elegir una escuela de cine se debe desconfiar tanto de las que se vayan a los extremos de lo puramente teórico, cerebral e intelectual, con un programa sobre cargado de asignaturas del campo de las ciencias humanas, como de las que ofrecen programas exclusivamente prácticos, reduciendo la formación a lo estrictamente artesanal. Aunque la escuela perfecta es, en la práctica, imposible de encontrar como parámetro de elección, una buena opción debe acercarse, hasta donde sea posible, a dos parámetros: primero, que su programa esté equilibrado entre las áreas de conocimiento teóricas y prácticas en los campos técnicos y de producción, y segundo, que sus profesores sean cineastas con suficiente experiencia profesional, además de tener buenas condiciones como maestros; combinación ideal bastante difícil de encontrar.

